

El cuerpo joven y urbano: poderoso territorio de anclaje*

The urban and young body:
powerful territory of anchorage

Rocío Gómez*
Julián González*

Universidad del Valle. Cali, Colombia

Resumen

Este artículo explica hasta qué punto las técnicas de diseño e intervención corporal que algunos jóvenes de clases sociales medias y altas en Santiago de Cali operan para hacerse a apariencias adecuadas, pueden interpretarse como recursos de anclaje y recreación de órdenes simbólicos y sentidos no siempre subordinados al mercado. En la apariencia corporal se expresará la dimensión política de los malestares del bienestar como resistencia y adhesión a un mundo que promete graficarlos con su oferta de bienes de consumo y servicios. El estilo propio y la oscilación entre el cuerpo orgiástico y el cuerpo vivido como realización de la personalidad, son síntomas de esa relación ambigua.

Palabras clave: jóvenes urbanos, culturas juveniles, estéticas corporales.

Abstract

This article explains to what extent the design techniques and corporal intervention that some youths of medium and high social classes in Santiago de Cali operate to be in appropriate appearances, which can be interpreted as anchorage resources and re-creation of symbolic orders and not always perceived as subordinates to the market. In the corporal appearance the political dimension of the uneasiness of the well-being will be expressed as resistance and adhesion to a world who promises to gratify them with their offer of consumption goods and services. The self style and the oscillation among the orgied and lived body as realization of the personality, those are symptoms of that ambiguous relationship.

Keywords: urban youths, youth culture, corporal esthetics.

Recibido: agosto de 2007. Aprobado: octubre de 2007

* Los autores pertenecen al Grupo de Educación Popular, en el cual se desarrolló el proyecto Cuerpo joven y nuevas ciudadanía, auspiciado por Colciencias de 1998 a 2002, y del cual deriva este artículo. Publicado originalmente en la revista *Políticas* de la Universidad del Valle en 2003, este artículo constituye una reactualización y modificación de la primera versión.

** rociogom@univalle.edu.co

*** jugonza@univalle.edu.co

1.

En *El señor de las moscas*, W. Golding recrea la dramática conversión de un grupo de educados niños en fieros guerreros tribales, tras encontrarse abandonados en la isla, sin adultos y sin los constreñimientos regulares de la maciza escuela inglesa. En *La vida nueva*, O. Pamuk nos ilustra acerca de las vicisitudes de Canan, Osman y Mehmet, jóvenes universitarios turcos, de sectores acomodados, entregados a la embriagada búsqueda de un otro mundo prometido por un misterioso libro. Viajando sin rumbo en autobuses, Canan y Osman aspiran a descifrar los indicios que los conduzcan a esa nueva vida. Para los niños tribales de Golding y para los jóvenes nómades de Pamuk, las referencias, mojones y coordenadas del mundo que han conocido desaparecieron, o al menos se han reblandecido suficientemente como para producir una suerte de exilio y desorientación; y en ambos casos, mediante el expediente de experimentar con el cuerpo (tatuarse, maquillarse, enmascararse, punzarse, escarificar, aguardar el choque de los autobuses) y con travesías e itinerarios (huidas y escapes), consiguen restituir de manera quizá provisoria, frágil y emergente algo de trazado y mapa para reorganizar el sentido de la vida (en las tres acepciones del término “sentido”: orientación, sensación y significación). La conexión entre pérdida de referencias o coordenadas e intensificación de la experimentación con el cuerpo y en el cuerpo ha sido expuesta como hipótesis de trabajo en González y Gómez (2003, 2005), y define los alcances del siguiente artículo. Adherimos a esta perspectiva toureiniana según la cual el sujeto, la persona como ciudadano que ejerce derechos e interviene en el porvenir de la especie humana, debe vérselas con dos fuerzas que amenazan. La primera amenaza con disolver a la persona, al sujeto, y adquiere la forma del mercado, la industria, la técnica, los medios de comunicación. La segunda amenaza con subordinarla o someterla instrumentalmente, y adquiere la forma de los fundamentalismos comunitarios, las xenofobias, los racismos de grupo y control de la comunidad, el grupo, la tribu. Lo que habría de “nueva ciudadanía” en las inversiones que hacen algunos jóvenes de sectores integrados (de capas medias y altas) en el cuerpo y de las inversiones del cuerpo, es que –en algunos casos– se advierten allí trazas de un trabajo de resistencia, inventiva y proyecto de sujeto respecto a los constreñimientos del grupo local (familia, grupo de pares) y respecto al efecto disolvente de los media, la técnica y el mercado.

Este artículo presenta de manera sintética algunos resultados de un estudio adelantado en Cali (Colombia) hace cinco años y enriquecido con posteriores observaciones y análisis. El estudio revela cierta economía moral del joven de capas medias urbanas acerca de lo que se debe y se puede hacer con el cuerpo propio y con el de los otros, los juegos sociales en que invierten el cuerpo como recurso fundamental y las inversiones que se juegan en el cuerpo para hacerlo rendir simbólica y socialmente¹. Los

1. Se hicieron observaciones en escenarios urbanos de encuentro juvenil, registro de habitaciones y cuartos de los jóvenes, registros y descripciones de

informantes corresponden a lo que Margulis y Urresti (1996) denominan “jóvenes juveniles”, aquellos que tienen una amplia moratoria social y vital que les permite posponer el tiempo en que asumen responsabilidades adultas (hogar propio, hijos, vivir del trabajo). Son lo que podríamos denominar –dentro de la heterogeneidad social que la categoría puede escamotear– jóvenes de capas medias, esos que cierta literatura académica y mucha de la prédica mediática califican como apolíticos, consumistas, hedonistas e individualistas.

Viven en un mundo que objetivamente –en el mercado, en los *media*, en el entramado tecnológico, en lo masivo de la producción de bienes y servicios, en la extensión y anchura del entorno urbano, en la posibilidad de desplazarse a grandes distancias mediante máquinas de transporte y máquinas de comunicación– se ofrece como ámbito de posibilidades

accesorios, aditamentos y procedimientos de intervención sobre la apariencia corporal, y entrevistas en profundidad y grupos de discusión (Ibáñez: 1992). Participaron 42 jóvenes, 22 hombres y 20 mujeres. 30 jóvenes tenían edades entre 15 y 19 años. Los 12 restantes, entre 20 y 27 años. Teniendo en cuenta el perfil socioeconómico del colegio o universidad donde estudian, la escolaridad de los padres, la condición laboral de algunos de ellos, puede establecerse la siguiente clasificación. En los grupos de discusión de colegios privados participaron los jóvenes con mayores ingresos, mayores posibilidades de prolongar su vida escolar y con padres con mayores niveles de escolaridad. De los 16 jóvenes de colegios privados (ocho hombres y ocho mujeres), once han estudiado en colegios bilingües o clasificados entre los de mejor rendimiento académico de la ciudad. En los trece participantes de los grupos de discusión de colegios públicos (ocho mujeres y cinco hombres) la composición es más heterogénea. Solo en los casos en que los padres son profesores (cuatro padres profesores y tres madres profesoras) estos poseen estudios universitarios (licenciaturas, especializaciones y maestrías), exceptuando uno en que el padre es ingeniero industrial. Los padres no profesores en la mayoría de los casos han alcanzado estudios de bachillerato completos o incompletos (en diez de los 25 participantes). Los colegios públicos de mayor prestigio en la ciudad son aquellos en los que estudian los participantes de colegios públicos cuyos padres tienen los mayores niveles de escolaridad. Los participantes de los grupos de discusión de universidades (públicas y privadas) revelan, junto con los de colegios privados, el mayor nivel de escolaridad de los padres. En la escala de máxima escolaridad de los padres y mayor clasificación socioeconómica del colegio y universidad participaron diez jóvenes (seis mujeres y cuatro hombres). En segundo lugar, están aquellos que al cruzar escolaridad de los padres y perfil socioeconómico de la institución escolar revelan variaciones del tipo colegio de clase media y alta, y nivel medio (bachillerato) de los padres; o colegio privado de menor reconocimiento y padres con estudios parciales o completos de tipo universitario. Es el caso de 29 de los 42 participantes. En condición de mayor vulnerabilidad socioeconómica y, en consecuencia, escolar, se encuentran aquellos que, adelantando estudios universitarios o de bachillerato, deben trabajar para sostenerse y contribuir al ingreso familiar, o en que la escolaridad de los padres es mucho menor y la clasificación socioeconómica de la institución educativa en que se forman es relativamente baja.

ilimitadas y abiertas (todo puede ser vivido), y –paradójicamente– saben de manera práctica que deben habitar, experimentar y usar ese mundo limitando sus aspiraciones al tamaño de la realización individual y personal, lo cual produce la angustia y frustración de un mundo abierto y, al mismo tiempo, restringido por la necesidad de optar. O para decirlo en términos esquemáticos: este continuo enriquecimiento de la necesidad, expresada como ampliación de las posibilidades, se opone a la contracción y contención, también continua, de las realizaciones efectivas. La frustración deriva menos de la imposibilidad de realizar un sueño que de la posibilidad de realizarlos todos y deber conformarse con unos pocos. Una auténtica inversión respecto a las formas heredadas de la frustración: sus padres no se realizaban o fracasaban cuando no concretaban un menú hartado definido y limitado de aspiraciones. Ahora la amenaza es otra: ¿cómo vivir el máximo de posibilidades, conservando un mínimo de consistencia y dominio personal (esto es, sin disolverse en el continuo industrial de ofertas, promesas y posibilidades de acceso a bienes de consumo, servicios y personas)? Un plegamiento excesivo de la persona a los requerimientos y reglas que prescribe la oferta de bienes y servicios mercadeados transforma, esas “posibilidades abiertas”, en disolución de los límites (autonomía) del sujeto. En la jerga juvenil aquella persona joven que se disuelve en virtud del dinamismo y reglas del mercado de bienes, servicios y modas, tiene dos designaciones precisas y preciosas que señalan con exactitud su derrota: plástico y pitillo². Y es respecto a las fuerzas que pueden derrotar y desestructurar a la persona, reduciendo su margen de maniobra a las prescripciones de la moda, que se comprende la importancia estratégica para algunos de estos jóvenes de hacerse a un estilo propio y desplegar una defensa, a veces teatral y excesiva, de la personalidad. Allí, justamente allí, la cultura somática de los jóvenes urbanos de capas medias se transforma en lucha política, una política menor (Lazzarato: 2006), difusa si se quiere, pero no por ello menos desgarradora, dolorosa y, sin duda, nada trivial. Menos que la levedad del que flota, lo que tenemos es la habilidad del que surfea. Es indispensable comprender qué se juega de profundo y decisivo en las superficies corporales, y en qué sentido el cuerpo se transforma en anclaje para no dejarse arrastrar y, mejor, para surfear sobre esas fuerzas desestructuradoras. El juego consiste en encararlas sin rehuirlas, obrando en diagonal, de soslayo, preservando de esta manera una relativa integridad de la persona sin abandonar lo que el mundo urbano ofrece. Dicho de otro modo, se trata de consumir y usar lo que viene del mercado, lo que la ciudad normalizada ofrece, pero sin disolverse completamente en la vorágine.

2. El *plástico* no tiene estructura, consistencia, forma alguna, “no tiene un estilo personal, propio, que le permita encarar las presiones de la moda y la marca”; el “pitillo”, además de “plástico” está “hueco”, “vacío”.

El relato de un trágico evento en Cali, hace siete años, puede ayudarnos a afinar el problema. Una adolescente de quince años, excesivamente alta, nada atractiva y, además, vulnerada por un acné muy agresivo que le desfigura la cara, es objeto de la burla y el desprecio permanentes de sus compañeros. Es el tiempo de los amoríos y noviazgos, de las fiestas de fin de semana, de los paseos y los primeros romances. Y esta joven mujer padece el tormento de su cuerpo largo y desgarbado, y de su rostro marcado. Un día cualquiera se suicida. Toma el revólver de su padre, un vigilante, y se pega un tiro en la boca. La encuentran agonizando y la llevan de emergencia a la Clínica Santillana. Encuentran también una nota en la que explica las razones de su suicidio: está harta del cuerpo que tiene, del rostro desfigurado y sufre mucho por su apariencia, y por eso decide matarse. Pero deja una instrucción adicional: dona todos sus órganos. La joven muere, y autorizados por la nota, las directivas de la Santillana la remiten a la Clínica Valle del Lili, donde se encargan de extraer los órganos susceptibles de trasplante.

Esta historia sencilla resume vigorosamente un “mito”, esto es, una experiencia y un saber fundante que atraviesa la experiencia contemporánea del cuerpo joven. Lo que hay, en sentido estricto, no es una relación con el cuerpo (como complejo y entidad orgánica). La relación social se establece básicamente con sus superficies. Las superficies corporales son el lugar donde se “inscribe y escribe expresivamente” el sentido que algunos jóvenes tienen hoy de una vida digna de ser vivida. Es relevante, entonces, que la suicida haya donado la interioridad de su cuerpo (a la que consideraba sana y aprovechable), y se haya desecho –por inservible e inútil– de la exterioridad. Pero es que en la exterioridad del cuerpo se juega lo esencial de las relaciones con el grupo de pares, con el entorno social, con los lugares de trabajo y consigo mismo; allí se proyectan acciones teniendo en mente el talante de la propia apariencia. ¿Qué es lo esencial del mito expresado en esta fábula brutal? La superficie, que algunos moralistas consideran el lugar de la apariencia, de lo fortuito, de lo contingente, de lo no relevante, ha terminado por hacerse cada vez más profundamente decisiva, hasta cooptar la experiencia vital y el sentido del sujeto. Superficial es un “término moralista” que cree que la apariencia es engañosa y que lo esencial escapa a la mirada que no sabe ver tras el engaño. Pero las superficies corporales no son (y quizá, no lo han sido nunca), superficiales, contingentes e irrelevantes. Nada es menos superficial que nuestras superficies, esa geografía en que escribimos e inscribimos todos los días buena parte de nuestras resistencias, subordinaciones y nuestros intentos de alterar los juegos de poder en que somos poseídos y poseemos. Si advertimos la inversión que en cuanto a tiempo, recursos y trabajo humano destinamos al moldeo y tratamiento de la apariencia corporal mediante la manipulación de las superficies, podemos entender que es todo, menos trivial, “lo que se invierte en el cuerpo y el cuerpo que se invierte o se pone en juego”. Y es justamente de eso que trata este artículo: acerca del modo en que se hacen “visibles” en las superficies

corporales la dominación, la resistencia a la dominación y las alteraciones que se introducen al orden arbitrario de la dominación³.

Las superficies corporales –cabello, uñas, piel, rostro y sus diversos mecanismos de moldeo– son textos donde se puede leer cómo diversos tipos de trabajo sociosomático se realizan en los jóvenes –mujeres y hombres– para inscribir “los usos legítimos del cuerpo”, los “modos de presentación de uno mismo” en la escena pública y las maneras de proyectar eso que, entre los jóvenes constituiría un asunto crucial: la personalidad (tan distinta del carácter, según Sennet⁴). Desde las industrias alimentarias hasta las de la música, desde las modas hasta los dispositivos de uso doméstico, están tratando y pensado, actuando y moldeando el cuerpo; pero este moldeo empata con los esfuerzos personales de autocontrol “desde adentro”. La batalla por el cuerpo es, además de una experiencia de control disciplinario sofisticado y complejo, una dinámica que implica formas cada vez más intensivas de autovigilancia⁵. Espacio de representación, lugar de la identidad personal (“La apariencia depende más que nunca del propio cuerpo y, por tanto, hay que estimularlo y mantenerlo” [Valiente: 1996]), en el cuerpo podemos interpretar y comprender mejor la condición del joven urbano como ciudadano. El cuerpo es mediación social y lugar de encuentro; con el cuerpo se trazan diferencias, distancias y se articulan pactos y tribalidades; con el cuerpo se lee la ciudad. Y es a través del cuerpo que hombres y mujeres jóvenes construyen estrategias de visibilización social que son, en sentido estricto, fórmulas de integración ciudadana.

2.

El cuerpo, por un lado, es territorio donde expresar las aspiraciones del yo, de la vida personalmente vivida, de la autonomía y contención identitarias, del ser para otros, de hacer presentación pública de la perso-

3. Porque respecto a ese orden arbitrario de la dominación que se naturaliza (des-historiza) a través de la naturalización de la biología (históricamente producida por la dominación), “siempre queda lugar para una *lucha cognitiva* a propósito del sentido de las cosas del mundo y, en especial, de las relaciones sexuales” (Bourdieu: 2000, p. 26).
4. “En ese sentido, ‘carácter’ es una palabra que abarca más cosas que la más moderna ‘personalidad’, un término referido a deseos y sentimientos que pueden existir dentro de nosotros sin que nadie más lo sepa. El carácter se centra particularmente en el aspecto duradero, ‘a largo plazo’, de nuestra experiencia emocional” (Sennet: 2000).
5. “Las ciencias del cuerpo y el desarrollo de la industria de la dieta ejercen un firme poder de disciplinamiento mediante la inducción de la autovigilancia, convirtiendo la apariencia en uno de los componentes más preciados de valor social. Pero, además, las formas contemporáneas de fabricación de aspectos han ido moldeando un imaginario donde el atractivo físico y el peso corporal se han erigido no solo en la medida de lo socialmente deseable, sino además de lo moralmente correcto” (Valiente: 1996, p. 71).

na y el yo, un yo-uno fuertemente individualizado o diferenciado y sometido a las restricciones que impone lo social (Maffesoli, 1996, 1993, 1990a, 1990b). Pero, por otro, también es el lugar donde anclar la experiencia de la abundancia globalizada, de las posibilidades abiertas e ilimitadas; es el lugar de expresión y realización de esa vida que solo puede vivirse mediante la con(fusión) expansiva con, en y de otros, mediante el encuentro orgiástico⁶. Se trata, como dirá Maffesoli, de recuperar la condición colectiva del cuerpo.

Se puede decir que esa espectacularidad reenvía a la eficacia simbólica, ya que el sexo, que tiende a privatizarse, es así ritualmente recolocado en el circuito común. La reversibilidad se restablece. Fiel a la imagen del culto consagrado a la divinidad generadora que permite el vaivén entre lo cósmico y lo social, la prostitución sagrada y espectacular restaura la socialidad de base que la atomización y la autonomización habían olvidado. Actuando públicamente la cópula, ya *strictu sensu* (hierodulia), ya de una manera eufemística (cortesanías, mundanas, etc.), lo que se rememora es el cuerpo colectivo. [...] La Erótica de la que aquí se trata cobra entonces toda su dimensión: no se le asigna únicamente a la sexualidad, pues tiene una función ética de la que lo dionisiaco es en cierto modo el paradigma, la función de salir de sí, de romper de una manera pluridimensional el encierro del cuerpo propio, para participar de una ebriedad colectiva que, como un hilo rojo, de forma manifiesta y explosiva y subterráneamente discreta, asegura el equilibrio de la perduración de la socialidad (Maffesoli: 1990).

El cuerpo y sus anexos⁷ constituyen poderosos territorios de anclaje del mercado de bienes y servicios que funda materialmente la idea de

-
6. Se trata, como dirá Maffesoli, de recuperar la condición colectiva del cuerpo. “Se puede decir que esa espectacularidad reenvía a la eficacia simbólica, ya que el sexo, que tiende a privatizarse, es así ritualmente recolocado en el circuito común. La reversibilidad se restablece. Fiel a la imagen del culto consagrado a la divinidad generadora que permite el vaivén entre lo cósmico y lo social, la prostitución sagrada y espectacular restaura la socialidad de base que la atomización y la autonomización habían olvidado. Actuando públicamente la cópula, ya *strictu sensu* (hierodulia), ya de una manera eufemística (cortesanías, mundanas, etc.), lo que se rememora es el cuerpo colectivo. [...] La Erótica de la que aquí se trata cobra entonces toda su dimensión: no se le asigna únicamente a la sexualidad, pues tiene una función ética de la que lo dionisiaco es en cierto modo el paradigma, la función de salir de sí, de romper de una manera pluridimensional el encierro del cuerpo propio, para participar de una ebriedad colectiva que, como un hilo rojo, de forma manifiesta y explosiva y subterráneamente discreta, asegura el equilibrio de la perduración de la socialidad (Maffesoli: 1990).
 7. Anexos refiere a todos los dispositivos que –en conexión con el cuerpo– se emplean para disponerlo como experiencia de comunicación, es decir, en que el *cuerpo propio* es dispuesto y trabajado como cuerpo colectivo para la realización de lo que Maffesoli (1996) llama “el máximo deseo cotidiano de vivir en común”.

un mundo de posibilidades abiertas. Esas posibilidades abiertas –que procura la producción industrial contemporánea no tendrían ninguna oportunidad de realizarse como experiencia (vivencia con sentido) si el cuerpo no hiciera su trabajo de anclaje de imágenes, discursos, signos, personas, objetos e ideas mercadeadas y mediatizadas a gran escala⁸. Esta tensión que sitúa al cuerpo entre el impulso global de la vida sin límites y las restricciones del vivir individual, procura dos modos de ser con el cuerpo: el cuerpo vivido como orgía y el cuerpo vivido como realización de la personalidad. Son dos momentos diferenciados y complementarios de la cultura somática del joven urbano de sectores medios y altos, relativamente acomodados.

Y respecto a esta tensión, sin una “personalidad fuerte”, se corre el riesgo de naufragar en la orgiástica dinámica de un mundo que promete, a algunos sectores y grupos de jóvenes, la posibilidad de vivirlo todo. La personalidad no es más que un recurso estratégico del joven para sobrevivir a un mundo abierto sin, literalmente, des-hacerse en él: tener personalidad es ser capaz de vivir un mundo sin límites y apropiárselo sin disolverse, esto es, ateniéndose con relativa coherencia al ideal heredado de una vida individualmente vivida. Hoy sabemos que es perfectamente compatible un fuerte movimiento a favor de la personalidad –en el sentido de representaciones teatrales del yo– con un fuerte gregarismo, tribalismo y nomadismo⁹, ya que esas representaciones o proyecciones de la personalidad tienen sentido si se hacen para y en una comunidad emocional y de afectos, si permiten anclar a cada cual en medio de la orgía y si contribuyen a la defensa de cada cual respecto a los estreñimientos del grupo de pares que es, además, fuente de placeres y reconocimientos mutuos.

-
8. Anclaje alude a dos procesos simultáneos: hacer perdurable aquella relación que empieza en el consumo y el contacto contingente y los transforma en herencia duradera a la que se puede volver; y, por otro lado, inscribir (in-corporar) el consumo y el contacto en el entorno vital y permanente de la persona. A la velocidad de los flujos de imágenes, personas, ideas y objetos, se oponen las diversas formas de densificación, anclaje y duración que las personas invierten para evitar la evanescencia, la velocidad de las modas, el recambio de las ofertas, que promueven la economía industrial y posindustrial. Este estudio atendió aquellas formas de anclaje que usan el cuerpo y sus anexidades como recurso estratégico (el tatuaje, el afiche en el cuarto, el baile imitativo, la apariencia corporal que repite la del ídolo mediático).
 9. Respecto a esa movilidad gregaria del cuerpo que encarna en la máscara individual y en la tribu, tiene sentido diferenciar –en relación con las travesías urbanas, los puntos de encuentro, las formas de agrupación– las manadas y hordas (como en esa informe avanzada militar de las barras bravas luego de salir del estadio de fútbol o en las agrupaciones de jóvenes que cruzan a toda velocidad y en bicicleta barriadas, calles y territorios propios y ajenos); las tribus y parches (agrupados emocional y simbólicamente alrededor de *topos o lugares* respecto a los cuales se construye una relación de fidelidad y pertenencia duradera); y los trashumantes y nómadas (los que circulan entre territorios, estilos y tribus de diferente orden).

Si el encuentro orgiástico y desenfrenado es la figura perfecta y realizada del mundo de posibilidades abiertas, el grupo de pares es la forma moderada de esa materialización. El grupo de pares modera los ímpetus de la (con)fusión total, le exige al joven probar permanentemente su individualidad, marcar su personalidad y deslindar un territorio simbólico propio. Y, además, si el buen chico, el *nerd*, el joven de su casa, el joven responsable es la figura perfecta del ideal de una vida individualizada, dispuesta según una imagen coherente de sí mismo, es decir, una vida (con)centrada; el adulto-joven (un poco *yuppie*, un poco *hippie*, ese tipo ideal promovido por la publicidad televisiva) es la forma moderada de esa individuación excesiva y coherente, en que la libertad de acción y la abundancia posible conquistadas por lo adulto (a condición de renunciar a un mundo de posibilidades abiertas y aceptar las rutinas de trabajo y las responsabilidades sociales) aparecen vitalizadas por lo joven (asociado, imaginariamente, a la frescura, la disposición al riesgo, la irreverencia y cierto sentido del des-orden)¹⁰.

Pero, volviendo atrás, la forja de una “personalidad fuerte” para poder, por un lado, tratar con los constreñimientos y regulaciones del grupo de pares, y, por el otro, para poder poner lo que el mercado de bienes y servicios urbanos ofrece al servicio de una más o menos intensa necesidad de ser “distinto”, esto es, de diferenciarse exquisitamente, sin subordinarse completamente a él, conducirá a la preeminencia del “estilo propio”. La creciente valoración de la personalidad, el gusto y la sensibilidad por la pequeña diferencia y el detalle, una inclinación que empieza en el cuerpo (convertido en el primer laboratorio estético), se extenderá al entorno personal (diseño en el cuarto, los cuadernos), se traducirá en personalización y coleccionismo respecto a los bienes simbólicos que consumen (música, video, comidas, ropa) y una cierta tendencia-tentación a favor de la “creación-diseño-edición” de objetos (música, dibujos,

10. Estas dos figuras dominan, a su vez, la narrativa mediática sobre los jóvenes integrados. Lo que celebran los medios de comunicación es menos el joven en sentido general, que el adulto joven. En el adulto joven se integran las ventajas idealizadas de lo joven (vitalidad, sentido del riesgo y la experimentación, hipersexualidad, belleza, deseo de vivirlo todo) con las ventajas idealizadas del adulto (posibilidades de realización efectiva de lo deseado en tanto tiene recursos –dinero– para hacerlo). Porque no todo lo joven es celebrado por los media y, en particular, por la publicidad juvenil: su propensión al riesgo extremo es peligrosa; su vitalidad puede resultar autodestructiva; su sexualidad puede devenir animalidad; su belleza es vacuidad. Entonces lo joven vitalizaría lo peor de lo adulto (la rutina, la falta de creatividad e imaginación), mientras que lo adulto moderaría lo peor de lo joven (la irresponsabilidad y el riesgo). La otra figura celebrada por los media es el grupo de pares. Como el adulto joven, el grupo de pares es –narrativamente– una figura intermedia y moderada: modera la propensión orgiástica que amenaza con disolver a la persona, y el exceso individualista, que puede clausurar las posibilidades de vivir una vida bien vivida, esto es, con múltiples oportunidades y alternativas.

escritura, imágenes digitalizadas). Este gusto exquisito en tanto actividad reorganizadora de lo que ofrece el mercado a partir de la densificación de la personalidad tiende a transformar todo el entorno del sujeto. En “gusto y estilo propio”, entonces cuajarán las pequeñas y preciadas diferencias: los hobbies singulares, los coleccionismos extraños, la pasión por la música que “no se consigue en las discotiempos”, los perfumes personales, el turismo de exploración, el interés por el sushi y las comidas no convencionales, los bares alternativos, los deportes no masivos o el conocimiento y manipulación de tecnologías de comunicación y de la imagen (desde celulares hasta *iPods*) atendiendo a consideraciones “expertas” sobre funciones inadvertidas en los aparatos, dispositivos y aditamentos desconocidos, modelos de última generación.

Entonces, hay que distinguir entre el tipo de estilo que deriva de la biografía personal, de la experiencia acumulada durante una vida, el estilo personal –que, como lo indica F. Jameson (1995), ha declinado con la desaparición del sujeto individual–, y el estilo propio, que indica la habilidad para escenificar a la persona, la máscara, el actor. En el primer caso el modo de vivir, la historia propia, la forma en que se ha situado uno en el mundo dado, forjan el tipo de apariencia que es indisoluble del modo en que uno ha vivido terca y tozudamente, y renunciar a la apariencia forjada en el curso de una vida es tanto como renunciar al gusto, al modo de hablar, a las maneras de pensar, a la fuerza de las convicciones. Si al fisionomista le era posible distinguir –por la apariencia corporal– al escribano, al tinterillo, al profesor, al obrero y al artesano, se debía a que leía las marcas que el trabajo y las maneras de vivir habían dejado en la vestimenta, las posturas corporales y los gestos. La apariencia personal era un texto con historia previa. El estilo propio, en cambio, apunta al diseño, a la voluntad de poner en escena un modo de estar y sentirse, no a una manera de ser y vivir. Es la manifestación de los estados de ánimo y se traduce en el decorado del cuerpo para la escena, para ese momento y para ese lugar. El estilo propio es, fundamentalmente, una apuesta por la forma y por su adecuación a los vaivenes de la personalidad. Tener personalidad y sentirse bien son los argumentos que usualmente esgrimieron los jóvenes consultados cuando se les preguntó qué criterios les permiten ponerse ropa que a ellos les atrae y al grupo de amigos no. Son las estusias y las escénicas, menos que las biografías, las que dominan las decisiones de diseño que orientan el estilo propio. El estilo propio procura una apariencia corporal que empieza y termina con la puesta en escena y las emociones que segrega.

Si el estilo personal era biográficamente previo a la oferta del mercado, esto es, se configuraba desde la condición social, el rol, la profesión, la posición social y la historia de una vida; hoy la ampliación y aumento de la productividad permite el aprovisionamiento y circulación de mercancías y bienes de (la) moda mediática (originales, imitaciones, revendidos) para hacerse una apariencia sentida. Además, el estilo propio admite la adhesión al grupo e incluso la adscripción a contextos instruccionales;

y allí donde se ofrece como adhesión, también destaca como diferenciación. Esta economía de fusión e imitación, esta apariencia que integra a la tribu y propicia la identificación mutua, también propicia la valoración de la pequeña diferencia, del matiz, del detalle infinitesimal que –visto desde la perspectiva de la tribu– constituye una marca significativa de la personalidad propia. Tal como nos lo recuerda Bourdieu (1991), distancias objetivas infinitesimales en un grupo de pares e iguales pueden constituir abismales diferencias subjetivas si se las aprecia desde la lógica interna del grupo. En sus propias palabras,

La distancia objetiva mínima en el espacio social puede coincidir con la distancia subjetiva máxima: esto, entre otras razones, se debe a que el más “vecino” es el que más amenaza la identidad social, es decir, la diferencia [...]. Lo propio de la lógica de lo simbólico es transformar en diferencias absolutas, de todo o nada, las diferencias infinitesimales (Bourdieu: 1991, p. 231).

Además, en el estilo propio hay cierto énfasis biográfico, aunque se trata de una biografía débil. La biografía débil considera la puesta en escena de la personalidad, la planificación de gestos y maneras que permitan hacer rendir las emociones desdoblándolas o, mejor, re proyectándolas. Para expresar la personalidad mediante la palabra y la apariencia corporal, y para duplicar las emociones mediante este emocionar del emocionar, hace falta cierta habilidad que permita teatralizar el encuentro en el bar, en el *shopping*, a la salida de la universidad. El saludo será una auténtica explosión de gestos diversos que se parecen mucho a los de las buenas maneras y los buenos modales del hombre cortés. Pero aquí no se trata, para nada, de la cortesía que regula y controla los impulsos y emociones para parecer civilizado, sino más bien de una economía en que verse ver, verse escribir, oírse hablar, sentirse sentir, verse saludar incrementa la intensidad de la emoción. El abrazo, la risa, el llanto, el TQM (Te quiero mucho) escrito en la hoja de cuaderno se realizan de un modo que solo el autoexamen permanente de la actuación (el reverso complementario de la autovigilancia de que nos habla Valiente [1996]), puede propiciar: el actor se imagina a sí mismo haciendo lo que hace en el momento en que lo hace, lo cual le reporta algo así como un emocionar en *loop*¹¹ o en *replay*.

Hay una actitud básica de editor audiovisual, que obra permanentemente revisión y examen de la apariencia (el equivalente al texto audiovisual), y de acuerdo con lo que prevé serán las condiciones de recepción o la escena de publicación. Es una actitud fuertemente comunicativa: el joven editor-estilista tiene conciencia permanentemente de cómo combinar los recursos existentes y editar las secuencias adecuadas para hacer rendir estética y emocionalmente su texto. Conoce los recursos, tiene un

11. El efecto sonoro o visual derivado de hacer avanzar y retroceder rápidamente un trozo de filme o grabación en audio.

agudo sentido de la oportunidad, cuenta con habilidad para el ornato y la edición, posee conciencia de la exposición pública: el joven o la joven con estilo propio ha sabido construir el tipo de mirada que se anticipa a la escena y según los requerimientos teatrales sabe ajustar con prontitud el cuerpo, los gestos y las palabras. La apariencia corporal es un texto que vive de la escena y en la escena¹².

3.

Un número significativo de los adolescentes recarga el cuerpo con varios cueritos, collares y escapularios, cadenas, aretes (triples y dobles), objetos de plata, maletines. La indumentaria asimila objetos de muy distinta procedencia (artesanías, objetos técnicos contemporáneos, prótesis, objetos de la naturaleza –como piedrecillas–, debidamente pulidos; argollas, piezas múltiples) que participan del ornato general del cuerpo. En términos generales, podemos advertir cierto barroquismo que alude menos a la cantidad y arracimamiento de objetos de ornato, que al modo de uso y la procedencia de las piezas: es decir, lo barroco refiere a la diversidad de procedencias y fuentes que nutren el ornato del cuerpo, los lugares del cuerpo donde se sitúan las piezas, los modos de mezclarlas que desafían toda ortodoxia. La actitud según la cual cualquier objeto potencialmente puede disponerse como signo de ornato define este barroco posmoderno¹³. Un barroco que pareciera más evidente en unos cuerpos

12. Un editor audiovisual que inscribe y filma en su cuerpo su propia película, con los des-trozos del mundo y sus vértigos. En la búsqueda de estilo propio es relevante identificar la transformación de las maneras de resistir en juego: del modelo de la autoexclusión, que implica de alguna manera aspirar a expulsar el demonio interior, la impureza constitutiva, el consumo de que estamos hechos y que derivará en los purismos de los movimientos alternativos de las décadas de los años sesenta y setenta en América Latina, se pasará al modelo de la selectividad, que implica moverse en el mundo dado sin acatar sus reglas, si no transfigurándolo y apurando sus potencialidades. Frente a la actitud antitecnológica y anticonsumo de los movimientos alternativos y frente a la desesperanzada resistencia de los autoexcluidos, el joven diseñador de su propio estilo tiene el tipo de esperanza de aquel que atento a las posibilidades que se abren en el mundo aspira a empujar y extremar (selectivamente) las mejores. Es pues otro tipo de conducta política. Del fundamentalismo de los alternativos, con su celo demarcatorio y su obsesión por definir los límites de lo auténtico, indígena, puro, natural, se pasará al relajamiento neocologista, más sobrio, más atento a las vetas, más sugerencia que demarcación.

13. Un auténtico vale todo en que se dan cita objetos y bienes que no proceden del mismo tiempo histórico, del mismo lugar o experiencia social y del mismo territorio. Lo pasado y los remedos de futuro (sus anticipaciones), lo de aquel grupo social y este, lo de allá y lo de acá, pueden recombinarse productivamente de tal manera que la evocación reemplaza la memoria, el halo étnico reemplaza la diversidad antropológica y el exotismo de la mercancía reemplaza a lo extranjero. El diferencial estético, la distancia estética entre objetos, texturas, íconos que –por su origen histórico– jamás hubieran podido estar *juntos*, produce ese efecto de

que en otros. Si la estrategia femenina (que no de las mujeres) de ornamentación es cercana a cierto barroquismo; la estrategia masculina (que no de los hombres) pasaría por la eliminación de accesorios y vellosidad (cabellos). Es como si la feminización implicara algunas formas de barroquismo en el cuerpo y la masculinización se moviera hacia la eliminación y rechazo (moderación) de los accesorios. De esta manera, hombres y mujeres jóvenes pueden rediseñar sus apariencias feminizándolas o masculinizándolas mediante una lógica aditiva o extractiva. Ambas operan de acuerdo con la ocasión y las circunstancias, como conviene a una cosmética anclada a las oportunidades y no a lo que “uno es”.

Hay dos extremos de intervención sobre el cuerpo como experiencia de diseño: de un lado, las técnicas de enmascaramiento (ropa, maquillaje, cortes de pelo) y, de otro lado, las más costosas, duraderas y elitistas técnicas de moldeo del cuerpo (dietas, entrenamiento corporal y cirugías complejas). En un nivel más profundo de las intervenciones, aquel que escapa al control de las técnicas, está la historia del cuerpo, que se expresa como cuerpo de clase en el rostro sin maquillaje, en el cabello y la piel sanos, en la dentadura sana o braqueada¹⁴, en la apariencia saludable y natural, generados por el cuidado y autocuidado prolongado en virtud de la disponibilidad de recursos y tiempos para el masaje, el *pillling*, el control médico, la seguridad sanitaria y alimentaria en casa, la educación en el comer adecuado.

En este contexto, pueden distinguirse tres tendencias para entender el actual estado de cosas en relación con el cuerpo del joven urbano de capas medias y altas, en Cali. Tres tipos de relación con la apariencia corporal, tres maneras de disponerla, y en cada una de ellas es posible advertir formas variadas de “estilo propio”. La primera forma puede resumirse en los siguientes términos: inclinación por la adecuación

choque, ese extrañamiento, ese estímulo derivado del encuentro insólito y azaroso entre un tejido en croché y el nailon, aretes precolombinos y el reloj Gucci, traje de baño y el sombrero vueltiao; o para seguir con la enumeración, espadas medievales en una guerra futurista en cine, cenefas antiguas en los nuevos apartamentos, piezas de guaquería en urnas de cristal. “Al espectador posmodernista [...], se le pide lo imposible: [...] elevarse de algún modo hasta el nivel en que la percepción vívida de la diferencia radical constituya en sí misma y por sí misma un nuevo modo de comprensión de lo que se acostumbraba llamar ‘relación’: algo para cuya definición el término *collage* no es todavía más que una denominación muy pobre” (Jameson: 1995, p. 74).

14. La boca es, centímetro a centímetro, uno de los territorios del rostro de mayor valor y en el que mayor inversión se hace en términos de apariencia. Recuérdese que la boca y la dentadura son, también, parte de esa compleja mecánica de distinción y exclusiones de clase: “La dentadura ha denotado poder y su pérdida, falta de él. Cada diente que se pierde viene a ser una pequeña muerte simbólica [...]. La emblemización de la extracción de muelas, hoy día, sigue mostrándose como algo a lo que se someten exclusivamente los pobres, como una privación del poder y como una humillación de quienes son ya impotentes y humildes” (Malagón: 1999).

o adaptación de la apariencia corporal a las formas “heredadas” de la “buena presentación” (la apariencia normalizada en las convenciones sociales) o por “lo natural” (la apariencia normalizada en relación con lo que se supone son los límites y regulaciones de la naturaleza). Algunas modas privilegian la condición orgánica y natural del cuerpo, y enfatizan las comidas sanas, la apariencia natural, el rostro lavado y sin maquillaje, la limpieza e higiene de nuevo tipo¹⁵. El cuerpo sería, ante todo, una entidad enteramente gobernada por principios econaturales y su cuidado consiste en adecuarlo a esos principios que lo hacen saludable, vigoroso y feliz. También, el énfasis en la moda y la apariencia formal constituye una variante adaptativa, solo que el criterio que regula esta adaptación es la “adecuada presentación” en sociedad, no la adecuación a lo que es natural. En segundo lugar, en el otro extremo puede ofrecerse cierto énfasis en lo artificial como forma de insubordinación al determinismo econatural y biológico, o social: en principio, la apelación a lo artificial sería lo más parecido a la experimentación en el sentido de liberación de los constreñimientos que tanto el orden biológico como el social le imponen al cuerpo. Pero es posible interpretar esta vocación por lo artificial, como, más bien, una inclinación por la desregulación¹⁶. Mientras el

15. Como en las terapias bioenergéticas de desintoxicación.

16. La sociedad moderna ha oscilado entre periodos de crecimiento y abundancia, y periodos de crisis, empobrecimiento o escasez. Esta oscilación ha derivado en dos lógicas sociales complementarias: un énfasis fuerte en la restricción y la ley, en el control de Estado, la vigilancia y la celosa regulación de la acción colectiva durante los periodos de crisis recesiva, esto es una suerte de moral victoriana, autoritaria y severa durante los periodos de empobrecimiento generalizado, o en los periodos de expansión y desarrollo de grandes empresas colectivas (conquista de un territorio, industrialización forzada, guerra); y un énfasis fuerte en la desregulación, el relajamiento de los controles, moderación de la ley, el imperio del mercado, de la liberalidad y del individuo durante los periodos de abundancia y estabilidad relativa. La sociedad moderna cuando tiene que operar la abundancia prefiere abandonar cualquier idea de control; es decir, desregula. El control represivo y la desregulación liberal son dos lógicas complementarias. Sin embargo, puede advertirse una tercera lógica, que –en sentido estricto– desempeñaría un papel crucial en la construcción de la vida moderna y explicaría sus transformaciones tanto moderadas como radicales: más allá del énfasis en el control y el énfasis en la desregulación, está la experimentación como lógica fundante de otros órdenes de la vida humana, que puede identificarse con las formas instituyentes de la imaginación, la actividad poética y creadora que refiere Castoriadis (1989, 1997). Dicho de otra manera, la experimentación es una de las formas que adquiere el trabajo y la creación social liberados de la obligación de realizar tareas indispensables para la supervivencia inmediata de los seres humanos. En consecuencia, hablar de experimentación nos sitúa en una perspectiva distinta respecto a la histórica oscilación entre el control-represión y control-desregulación de la sociedad moderna. Es un modo de referirse a la puesta en marcha de fuerzas que remuevan aquellos mecanismos de parálisis de la historia o, dicho de otro modo, aquellos mecanismos que naturalizan la historia, para decirlo en términos bourdieusianos. Pero a una ampliación significativa de las posi-

énfasis en la condición natural del cuerpo y la naturalización de la dieta y la apariencia nos recuerdan la lógica del control y la restricción, el énfasis en el artificio interpreta como liberación o remedo de experimentación aquello que desregula. Por eso el discurso de los mercados privados, la oferta de bienes simbólicos, de consumo y de servicios, se parece tanto al reino de la libertad, de la no-determinación, de la ruptura con lo que pesa. Fiestas neón, trajes plateados, metálicos, sonidos electrónicos, colores ácidos, máquinas sexuales, tecnologización y prótesis para el sexo, látex y látigos. *Spinning*, gimnasia extrema. La desnaturalización por la vía del énfasis en lo artificial transforma en cosa lo que antes era orgánico. La cosificación mediante la artificialización puede proceder mediante la intervención que convierte los asuntos del cuerpo y la apariencia en cosa neutra y limpia (estética minimalista, la apariencia limpia del *yuppie*, el uniformado, la eliminación de vellos, la extrema higiene y odorización del cuerpo), o en cosa barroca (tecnoapariencias, recargada presencia de lo maquínico en el trance, luces artificiales, colores radiactivos, neones, geometrismos, cuerpo-plástico, cuerpo-caucho, el sobremaquillaje de la *drag queen*)¹⁷. En tercer lugar estaría la desnaturalización o liberación real de la diversidad histórica que, sin duda, debe parecerse mucho a lo orgiástico y carnavalesco, a una gran comunión festiva que trastorna el orden del mundo. Tal vez Baudelaire¹⁸ lo intuía al considerar que el

bilidades de futuro se opone la privación política del mismo, la reducción del horizonte de posibilidades a sus promesas realistas o, en otras palabras, a la prescripción de posibilidades naturales, no riesgosas, razonables. Los mecanismos que operan esta clausura del futuro son permanentemente reactivados a través del realismo de la vida individual, la promoción de la realización de la felicidad personal o esos simulacros de experimentación que son los entretenimientos contemporáneos.

17. Ya Marcuse (1968) anticipó en los años sesenta el advenimiento de una sociedad deserotizada. Esta deserotización puede operar a través de la desexualización artificial (una suerte de castración) como ocurre con el baile trance; a través de este *exceso de ojo-bisturí* que examina cuerpos mientras los disecta; a través de la sobrenaturalización del cuerpo que imponen los determinismos genéticos, la promoción bioquímica del sexo (como en el Viagra) y los estados de ánimo inducidos por tranquilizantes, energizantes, relajantes, estimulantes; a través de las neurociencias orientadas a mapear las zonas del cerebro donde se articula el deseo sexual o la habilidad para seducir; o a través de la estadística y las ciencias del rendimiento sexual que establecen estándares razonables del número y frecuencia de orgasmos necesario para ser feliz en pareja.
18. Baudelaire (1995) encuentra en el *maquillaje* un signo muy interesante de modernidad, esto es, un modo mediante el cual la *belleza* es conquistada técnicamente, es decir, alejándose de *lo natural*. Es significativa esta perspectiva *moderna* del maquillaje, porque –en cierto sentido– permite el acceso generalizado y socializado a la belleza; pero también ofrece la oportunidad para acceder a diferentes modos de rostro, a cierta autoconciencia de la belleza, calculada y construida según la voluntad y deseo. Esto es relevante porque respecto al *maquillaje* como posibilidad de belleza y de máscara, en la ciudad de Cali (al menos) hay cierto

maquillaje era una forma significativa de revolución y cambio histórico, pues contenía –en su momento– las señales de una radicalidad posible (cada cual lucirá de acuerdo con su voluntad sin subordinarse a los consuetudines de la naturaleza y la sociedad). Las poéticas de la belleza corporal, la diversificación de la belleza como resultado de la realización efectiva de las demandas de experimentación, no deberían continuar siendo escamoteadas por la promoción de la belleza natural o por la desregulada belleza de artificio. Es allí, en el escurridizo y complicado borde entre el control (que naturaliza pautas de belleza) y la desregulación (que tritura los proyectos de experimentación) donde algunos jóvenes están inventándose apariencias corporales y formas de la belleza somática inesperadas y extrañas, de algún modo ajenas, a las prédicas de la vida sana y a la engolosinada celebración del mercado del bisturí, el látex y la moda de artificios. Allí, en ese borde, enlaza el cuerpo y la crítica política no ilustrada. Allí: en la aspiración a hacerse un estilo propio en la apariencia del cuerpo.

La inclinación por la adaptación a lo heredado (restricciones de la naturaleza o de la sociedad), por la desregulación de lo artificial (minimalista o barroca) o por la auténtica experimentación, puede apreciarse encarnada en tres jóvenes que participaron del estudio. En los tres casos, la búsqueda de estilo propio resulta decisiva, pero los criterios que dominan esa búsqueda atañen a tres lógicas bien distintas. Camilo (estudiante de derecho, universidad privada, 22 años), Tomás (estudiante de arquitectura, universidad privada, 27 años) y Mariana (estudiante de comunicación social, universidad pública, 23 años) constituyen ejemplos típicos de la puesta en marcha de cada una de las tres lógicas a la hora de forjar su propia apariencia corporal. Conviene, antes de presentar el siguiente cuadro, sintético y esquemático, apreciar pequeños fragmentos de testimonios de cada uno de los jóvenes entrevistados.

Camilo: En la universidad yo me visto de *jeans*, camiseta o bucidos y tenis. Claro que por la carrera que estudio, me toca irme con pantalón, camisa por dentro y zapatos de material. O sea, no es que te digan: ‘tienes que venirte así’, sino que uno sabe. Si me toca un examen y es oral, y con un magistrado y un juez, no es llegar con pantaloneta [...] Los fines de semana, si voy a rumbear, en pantalón y camiseta, me gustan grises, negras o azules, y los zapatos, pues los cuadraditos, los que están de moda. Gel y loción.

retroceso o reversión. De alguna manera, el maquillaje en las adolescentes y jóvenes se reserva para dos momentos claves: la fiesta nocturna y las ceremonias (nocturnas). Un poco como si solo allí se permitieran las licencias de un cuerpo extravagante y mutado; mientras que el resto del tiempo, en la vigilia de la vida escolar, el trabajo, la casa, la calle, *el maquillaje* fuera un despropósito respecto al requisito de mantener el rostro *al natural*.

Tomás: Tal vez por ahora no tenga mucha ropa, pero siempre busco alternativas: combinaciones, accesorios, ropa usada o de amigos. Siempre que me visto pienso en tratar de verme atractivo, como satisfacción personal y no por agrandar a las demás personas. Disfruto con un buen diseño y lo compro sin ningún problema, ya sea ropa, aparatos [...] Siempre he tenido el acceso a la tecnología de punta, desde muy chiquito: tenía un computador en una época como nadie los tenía, los computadores de casa, los personales, cuando no se usaba disquete, sino casete de audio y cosas así.

Mariana: [...] Durante la adolescencia sí estuvo muy presente lo artesanal, desde los quince años y hasta hace poco. Un estilo relacionado con la ciudad, con las propuestas que te da la ciudad en términos estéticos y éticos. Éticamente yo me sentía llamada a esos ideales, me adscribí éticamente a esos ideales y estéticamente empecé a asumirlos así. La ropa la compraba en las tiendas artesanales, en la Loma de la Cruz, en los chucitos hindúes. El pelo era muy largo, los aretes eran muy largos, y no había maquillaje, nunca había maquillaje. Los collares no faltaban. Eso sí, recuerdo soñándome con aretes, con diseños de aretes. Buscarlos y encontrárselos era reconfortante, como si ponérselos me diera cierta tranquilidad. Ponerme cosas bonitas me hacía sentir muy bien, y tener muchísimos collares y tener muchísimos dijes, hacerlos o encontrarse una llave y ponérsela, eso me encantaba: me hacía sentir muy bien. Ahora, de un momento a otro, empecé a permanecer sin ponerme nada en el cuello, o me pongo una cosa y me la dejo meses y me la cambio cada tantos meses: ya llevo con esto [se señala un cordón negro anudado al cuello] creo que años [...] El cambio de lo que soy ahora tiene que ver con la época también: me di cuenta de que yo soy una mujer del año dos mil, del año mil novecientos noventa y ocho, y que estaba copiando esta estética artesanal. Empecé a sentirme muy excéntrica con la ropa que me ponía, como muy llamativa y quise poder caminar más tranquila, sin que me vieran y me pareció que una ropa más oscura era más tranquila. Antes me gustaban mucho los colores, todas las combinaciones: el pantalón rojo y la camisa azul. Yo creo que cambio de amigos y cambio de búsquedas también. Por ejemplo, me acerco más a lo artístico. [...] Cortarme el cabello al ras fue un poco pura casualidad, producto de un dolor, de una crisis sentimental. Terminé con un *man*; el pelo era el fetiche. Lo vi meses después, y castigo: yo me corto el pelo, se acabó el fetiche, se acabó el yo, me acabé yo como imagen, como esa imagen anclada al pelo: no quería eso. Era otra cosa para mí misma incluso. Chao pelo y no puedo dejármelo crecer, yo ahorita estoy intentando otra vez dejármelo crecer. Creo que se ha completado el ciclo, he superado el dolor y me dejo crecer el pelo. Yo misma me lo corté, aunque no lo quería tan bajito, pero fue un error de la tijera; era tusa con copete, bien excéntrico. Además, buscando la sobriedad caía cada vez más en la excentricidad.

Adecuación a las formas heredadas de la apariencia. Camilo, el adaptativo	Desregulación de las formas heredadas de la apariencia. Tomás, el impactante	Experimentación y tentativas de creación de la apariencia. Mariana, la poética
Énfasis en la necesidad de proyectar una imagen, atraer, agrandar, armonizar. Énfasis en las marcas, los modelos, las gamas. Valor de la apariencia visible. (Categorías ópticas).	Énfasis en la necesidad de impactar y chocar a través de la apariencia. Importancia capital de los detalles, texturas, cortes, formas. Valor de la apariencia visible y de la apariencia que se aprecia mediante un refinado sentido del detalle. Más táctil que óptico. (Categorías táctiles y ópticas).	Énfasis en la necesidad de erotizar y poetizar cualquier objeto o medio disponible para la apariencia. Valoración de los bienes neutros (algodones crudos, llaves sin valor, piezas comunes) para darles el valor de la experiencia y vida propia. Valoración de la <i>Bestand</i> ¹⁹ , de lo sin valor, mediante la inscripción en ello de lo que uno es. La apariencia es algo que uno siente. (Categorías principalmente táctiles).
La lógica del adorno, el disfraz y la trampa de seducción o atracción: aquello que uno se pone para seducir al otro, para pescarlo, para engañarlo, para procurar una apariencia más o menos distinguible de lo que yo soy. (Parecer un ejecutivo, una buena persona, un galán, un hombre serio).	La lógica de la máscara: implica diseñar lo que se va a poner uno encima para vivir sinérgicamente la máscara. La máscara se pone encima, pero actúa adentro. No es un disfraz, es una pieza fundamental de la dinámica ritual, del proceso de generación de sentido, y transforma significativamente la experiencia de quien la lleva, de tal manera que no es distinguible una interioridad específica respecto a la que desencadena la máscara. La máscara es aquello que uno se pone para “sentir de un modo renovado”.	La lógica del re-conocimiento: el salto de la pasión por los detalles y las máscaras a la pasión por la materialidad neutra. La materialidad es más abstracta y trascendente, menos evidente, que la forma, el ícono, el fragmento y, por supuesto, la marca, el modelo, la gama. Al enfatizar en la materialidad, se puede elegir y modular de conformidad con los requerimientos de la personalidad, el deseo, el trabajo humano. Esto implica una preeminencia del tacto (que interviene la materia) sobre el ojo (la forma, el ícono). Más táctica (desenvolverse inteligentemente en el terreno del enemigo) y tacto. Ser lo que uno desea ser. Uno se reconoce en la materialidad que trabaja y en los productos que elabora, incluido su propio cuerpo.
El efecto de inmersión y atracción. Los que miran, a quien miran y lo mirado se fusionan, se funden.	El efecto de distancia entre los que miran, al que miran y lo mirado. Aquel es un otro sustancialmente distinto a mí, y me repulsa, lo idolatro (a lo fan) o lo disecto.	El efecto de des-cubrimiento: me reconozco en los que miran, en los que me miran y en lo mirado.
La lógica del seductor: Adecuación del cuerpo a las reglas de juego para su aprobación. Explotación en público de la apariencia. “Yo soy entrador, yo sé ganarme a la gente”, dice el seductor.	La lógica del performista: el acto de diseño del cuerpo es una “explosión en público de la personalidad”. “Yo sé impactar”, dice el actor, obrando de manera no natural y no convencional.	La lógica del experimentador: todo puede ser reinventado y explorado, densificado, mediante la experiencia y el trabajo humano que poetiza. “Yo soy lo que creo y lo que obro”

19. Para Heidegger, *Bestand* es lo constante, lo disponible, lo consumible, lo maleable al uso. Objetos sin valor inherente distinto del que pueda darle el ser humano mediante su trabajo. El poliestireno, el vidrio, el acero, el plástico. Materia neutra y dispuesta. Toda aquella materialidad maleable que Benjamín (respecto

En fin, las apariencias corporales de algunos jóvenes urbanos deben ser pensadas en lo que contienen de crítica, resistencia, reinención y adecuación a un orden que domina mediante el exceso y la estimulación, no a través del control y la restricción. La habilidad para –atendiendo el abastecimiento industrial de bienes y servicios– consumir sin entregarse plenamente a sus cooptaciones, intentando ponerlo al servicio de los imperativos de la persona, debe entenderse y leerse como una suerte de práctica política no cristalizada, magmática (retomando el término tan caro a Castoriadis), que no siempre hemos sabido comprender debido a las sospechas que se ciernen sobre el consumo de la moda, los entretenimientos urbanos y los *media*.

...Pero las intervenciones jóvenes en la apariencia corporal pueden ser la presencia de una política sin discurso, cuyas señales e indicios todavía nos son inaudibles e imperceptibles.

Referencias bibliográficas

- Baudelaire, Ch. (1995). Elogio del maquillaje. En *El pintor de la vida moderna*. Bogotá: Áncora Editores.
- Bourdieu, P. (1990). La juventud no es más que una palabra. En *Sociología de la cultura*. México: Grijalbo.
- Bourdieu, P. (1991). *El sentido práctico*. Madrid: Taurus.
- Bourdieu, P. (2000). *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama.
- Castoriadis, C. (1989). *La institución imaginaria de la sociedad*. Barcelona: Tusquets.
- Castoriadis, C. (1997). *Ontología de la Creación*. Colección Pensamiento Crítico Contemporáneo. Bogotá: Ensayo & Error.
- Golding, W. (1998). *El señor de las moscas*. Madrid: Alianza Editorial.
- Gómez, R. & González, J. (2003). *Design: designar/diseñar el cuerpo joven y urbano. Un estudio sobre la cultura somática de jóvenes integrados en Cali*. Santiago de Cali: Universidad del Valle, Colciencias.
- Gómez, R. & González, J. (2005). Estilos del cuerpo expuesto. En *Revista Nómadas*, 23.
- Ibáñez, J. (1992). *Más allá de la Sociología. El grupo de discusión. Técnica y crítica*. Madrid: Siglo XXI.
- Jameson, F. (1995). *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*. Barcelona: Paidós.

al vidrio y el acero) identificaba con la pérdida de aura de un mundo en que todo se expone, se hace transparente, visible. Sin embargo, esta materialidad puede ser –y eso es lo relevante– aquella maleable a las tareas de diseño creativo, erotización e inventiva, aquello que se deja poseer por el trabajo humano. El algodón de las telas que ha aprendido a seleccionar y a apreciar Mariana.

- Lazzarato, M. (2006). *Por una política menor. Acontecimiento y política en las sociedades de control*. Madrid: Edición Traficantes de Sueños.
- Maffesoli, M. (1990a). *El tiempo de las tribus*. Barcelona: Icaria.
- Maffesoli, M. (1990b). La prostitución como forma de socialidad. En *Revista Nueva Sociedad*, 109.
- Maffesoli, M. (1993). *El conocimiento ordinario. Compendio de sociología*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Maffesoli, M. (1996). *De la orgía. Una aproximación sociológica*. Barcelona: Ariel. (Primera edición en francés, 1985).
- Malagón, R. (1999). La boca como representación. En M. Viveros & G. G. (comps.), *Cuerpo, diferencias y desigualdades*. Bogotá: Centro de Estudios Sociales, Universidad Nacional de Colombia.
- Margulis, M. & Urresti, M. (1996). La juventud es más que una palabra. En M. Margulis (Ed.), *La juventud es más que una palabra. Ensayos sobre cultura y juventud*. Buenos Aires: Biblos.
- Margulis, M. & Urresti, M. (1998). La construcción social de la condición de la juventud. En *Viviendo a toda. Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades*. Bogotá: Universidad Central-DIUC, Siglo del Hombre Editores.
- Marcuse, H. (1968). *El hombre unidimensional*. México: Joaquín Mortiz.
- Pamuk, O. (2006). *La vida nueva*. Bogotá: Alfaguara.
- Pedraza, Z. (1998). La cultura somática de la modernidad: historia y antropología del cuerpo en Colombia. En Gabriel Restrepo, Jaime Eduardo Jaramillo y Luz Gabriela Arango (Eds.), *Cultura, política y modernidad*. Bogotá: Centro de Estudios Sociales, Universidad Nacional de Colombia.
- Pedraza, Z. (1999a). Las hiperestesias: principio del cuerpo moderno y fundamento de diferenciación social. En Mara Viveros y Gloria Garay (Comps.), *Cuerpo, diferencias y desigualdades*. Bogotá: Centro de Estudios Sociales, Universidad Nacional, 42-53.
- Pedraza, Z. (1999b). *En cuerpo y alma: visiones del progreso y de la felicidad*. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Pérez Soto, C. (1996). *Sobre la condición social de la psicología. Psicología, Epistemología y Política*. Santiago de Chile: LOM, Universidad ARCIS.
- Pérez Soto, C. (2001). *Para una crítica del poder burocrático: comunistas otra vez*. Santiago de Chile: LOM, Universidad ARCIS.
- Sennet, R. (1978). *El declive del hombre público*. Barcelona: Ediciones Península.
- Sennet, R. (1997). *Carne y piedra. El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*. Madrid: Alianza Editorial.
- Sennet, R. (2000). *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*. Barcelona: Anagrama.
- Valiente, E. (1996). Anorexia y bulimia: el corsé de la autodisciplina. En M. Margulis (Ed.), *La juventud es más que una palabra. Ensayos sobre cultura y juventud*. Buenos Aires: Biblos.